

La Casa Dorada

Un día, hablando con María, una de mis mejores amigas del colegio, con quien he viajado y siempre he tenido afinidades, imaginábamos cómo hubieran sido nuestras vidas si no hubiéramos tenido una familia que nos mantuviera hasta ahora, que no nos hubiera matriculado en el colegio o mandado a Cartagena cuando cumplimos 15 años. Ella es una muchacha muy bonita que se la pasa con novios y pretendientes enamorados, que cada vez que logran estar con ella le prometen un futuro mejor, la llevan a Peñalisa, a tirarse en paracaídas, a conocer Sur América, la llevan a Andrés Carne de Res todos los sábados, y en fin, cada uno se esfuerza a su manera por conquistarla. Siempre la molesto y le digo que la voy a entrenar para ir a Miss Universo, porque en realidad no le quedaría difícil llevarse la corona... un poquito de silicona y ya está.

Pensamos cómo hubiéramos hecho para ayudar con el sustento de nuestra casa. Lo podríamos haber hecho cuidando niños, limpiando casas, robando carteras, vendiendo frutas, dulces, marihuana y perico en las esquinas, y más adelante, cuando tuviéramos más cancha, teniendo novios traquetos. No habría sido difícil, pero igual divertido. Siempre confiábamos en ese final feliz. ¿Para qué seguir matándose de por vida? no sería bueno que los hijos de uno tuvieran que pasar por los mismos trabajos.

Poco a poco fuimos volviéndonos locas, imaginando los moteles y los bares donde nos terminarían llevando los traquetos, cómo serían los viajes a Estados Unidos o los cruceros por el Caribe donde finalmente nos íbamos a oler todo el perico que llegara a nuestras manos, y cómo éste sería el método perfecto para tener un cuerpo esbelto y unos ojos bien bonitos. No habría que descartar la operación de nariz y las tetas que nos iban a mandar a hacer, y ahí sí, —te vas segura para el reinado—, le dije. —Te opero te mato te como te mato—. Empezamos a darle vueltas a esas palabras en tono de metralleta, —te opero te mato te como te mato te opero te mato te como te mato—, y nos dio risa nerviosa. Sabíamos que en eso podía fácilmente terminar nuestra vida.

Ya no queríamos ni pensar en tener novios. Nos empezó a dar miedo tan sólo de pensar en la camioneta en la que íbamos a tener que subir y el revólver que nos tocaría cargar dentro la cartera Louis Vuitton; en las fincas y los caballos de paso fino que íbamos a montar, forradas de pies a cabeza en trajes de cuero y oro. Nos metimos en unas responsabilidades que no nos permitían ni disfrutar la conversación que en un principio había sido tan chévere.

Mari fue a preparar un tinto a la cocineta, yo me quedé ahí, pensando en que no me ha faltado nada. He tenido papás que me quieren, hermanos bacanes, perros divinos, finca

para pasar todas las vacaciones, amigos, bicicleta, una educación en un colegio del norte y ahora una carrera en esta universidad. Pensaba en mi futuro real, siendo sincera conmigo misma por segunda vez en mi vida. Después de la imagen azulosa con olor a lonchera de cuando tenía 10 años, venían a mi mente las preguntas de la profesora en la clase de sociales, —¿Quién ha salido del país?— y medio curso levantaba la mano, —¿Quién es socio de un club social? ¿Quién sabe nadar?— y otros tantos levantaban la mano. Nunca entendí por qué preguntaba esas cosas, pero me emocionaba cuando podía levantar la mía. De pronto empezó a preguntar qué queríamos ser cuando grandes y dije emocionada: — ¡muchacha!—, la profesora se puso roja y de pronto de sus ojos saltaron lágrimas y todos mis compañeritos se empezaron a reír de mí. Después de todos querer ser doctor como el papá, abogado, profesor o pianista, yo había querido ser muchacha, porque todas las tardes, después del colegio, esperaba ansiosa llegar a mi casa y ayudarle a Rosi a lavar todos los platos y ollas del almuerzo. Poníamos un banquito para mí en frente del enorme lavaplatos mientras ella barría y trapeaba la cocina y el patio de ropas, a veces nos cambiábamos de oficio y entonces yo lavaba el piso y ella los platos, así hacíamos el oficio completo.

Más grande, cuando mis hermanos llevaban a sus amigos a la casa yo quería atenderlos, les hacía jugos y sánduches. En esto era especialista; me fascinaba poderles servir, aunque muchas veces ellos, los amigos, pensaban que eran mis hermanos los que me obligaban a traerles y llevarles cosas. Pero no; para mí era un placer servirles.

Seis y media de la tarde, echada en la cama de mi amiga mirando los cerros por la enorme ventana, pensaba con cabeza fría que realmente lo que más me gustaría hacer en la vida sería, ser barrendera de calles o empleada para la cocina en una casa. Cocinar, barrer y lavar platos... qué delicia. Además, desde que estaba en el colegio, nunca he podido lavar tranquila un sólo plato sin que me estén diciendo: —¡Ni más faltaba! Ese trabajo no lo tienes que hacer tú, Lilianita. Siéntate mas bien y déjasele a ellas que son las que hacen todo el oficio—. O simplemente agradeciéndome como si estuviera perdiendo la vida por alguien al lavar un plato. Y yo con las ganas de lavar.

Mari llegó con la cafetera de vidrio, esa que tiene una mayita que uno espicha para colar el café, queda el tinto cunchoso, como me gusta, delicioso. Parece que ella también se había quedado pensando en lo mismo. Tímidamente me preguntó si me acostaría con alguien por plata. Me dio mucha risa que me preguntara eso, siempre nos caracterizamos por ser las fáciles con los hombres entre nuestras amigas, pura mierda, ella también se empezó a reír. Después caí en cuenta de que podía malentender mi risa y creería que me estaba burlando de ella. Paré de reírme y serví los tintos, y un poco más sería le dije, —no sé, depende—. Y ella dijo, —¿Y si te dan 10 millones de pesos?—. Entonces le dije, —Le

tengo que ver antes la cara al tipo, de eso depende, ¿Por qué no? Desde que no le vayan a hacer daño a uno, pues todo bien—.

Tocar el tema de la prostitución es jodido. Al final, nadie puede llegar a una conclusión con respecto a ese trabajo; es más, no es visto como un trabajo digno siquiera, sino como un trabajo fácil. Como si las prostitutas no tuvieran que ser comunicadoras sociales, tener expresión corporal como cualquier actor de teatro, la capacidad de complacer y un carácter fuerte para ir en contra de algunos valores de la sociedad, además de requerir fuerza física para protegerse de algunos de sus clientes.

En mi familia de tradición paisa de Medellín por un lado y de Pereira por el otro, es candente el tema. Siempre se le ha pasado por encima. Me imagino que en casa de Mari en donde son de Manizales, pasa lo mismo. Una noche, hace un par de meses, mi mamá me llevó a la Comercial Papelera de la 98 con 15. Había por ahí unos travestís escondidos en el parqueadero de una casa. Cuando los vi se los mostré a mi mamá para que viera una peluca que se parecía a la que yo le había pedido que me regalara de cumpleaños. Ella se azaró un resto y me dijo —¡Pobre gente! Tienen que vender su cuerpo para poder comer—. Le dije que no me parecía que hubiera que pobretarlos; son personas que están trabajando para poder comer, como lo había hecho ella toda esa mañana y mediodía. No me parecía justo con ellos porque probablemente les gustaba su trabajo. Mi mamá, viéndome segura con respecto al tema del cual nunca habíamos hablado, y tratando de protegerme de cualquier riesgo callejero, me contó una anécdota de un tío, mostrándome que eso puede ser un riesgo hasta en las mejores familias. El tenía un taller de maderas por Paloquemao y una noche salió de ahí y se fue para donde las putas, recogió una, que dizque estaba divina según dijo él. Pararon en un motel, —un metedero de esos—, dijo. Cuando entraron al cuarto se dio cuenta que a la mujer que había besado y a la que le había cogido la pierna todo el rato era un gran travesti, con bolsas de agua en las marías. Le tocó salir corriendo, dijo mi mamá riéndose. Imaginar a mi mamá contando el cuento era muy chistoso, y el cuento también.

Pero nuestro deseo seguía ahí implícito en la conversación. Mari también se acordó de que alguna vez su hermano mayor le contó aterrado que la hermana de su ex novia, administradora de los Andes, que vive en Miami hace seis meses, —dizque ya tiene un Audi y un apartamento ni el hijueputa—. Todo esto se lo contó un amigo que tienen en común. —¿De dónde saca tanta la plata esa niña recién graduada?—, le preguntó Mari, y él le dijo, —si eso es lo que le voy a contar. Cristina es una puta cara que se la pasa de viaje con puros millonarios, va a París, a Grecia, a Japón, de embajada en embajada, haciendo trabajos—. Él no lo podía creer. Estaba muy impactado porque además de hermana de su ex, habían sido buenos amigos. Lo único que dijo Mari fue —Bueno, pero me imagino que

entonces ya tiene su clientela, porque al principio debe ser jodido. Una vez que uno le coge el tiro y aprende a hacer bien el trabajo, debe ser chévere, como cualquier otro—. Al hermano le parecía muy tenaz, estaba aterrado, y dijo, —pues es que puta es puta y eso no se supera, ni se le pasa a nadie—.

Así quedamos. Fui a mi casa a dormir porque ya era tarde, y al otro día por la mañana nos quedamos de encontrar para ir hasta el peaje de la autopista en bicicleta. Me fui caminando por la séptima hacia el norte, aguantando frío de viernes en la noche, ya la gente estaba empezando a llegar a los lugares y comenzando a tomar, pasaban chivas rumberas cada cinco minutos y los carros iban a mil, algunos haciendo carreras. Me dio miedo que en una de esas se fueran contra el andén y ahí terminara mi vida, mutilada por una lata de carro de borracho. Decidí bajarme a la novena por la 76 y la tranquilidad de por ahí me dejó seguir pensando en lo de la prostitución. No sabía si Mari tenía ganas de acostarse con alguien por plata para ver cómo era la vaina, no sabía si yo quería tampoco. Habíamos hablado del tema pero superficialmente y nunca llegamos a pensar si en realidad queríamos o no hacerlo. De igual forma sentía que esa intriga que tenía, despertada en parte por la pregunta de Mari, podía ser un deseo reprimido que nunca había querido sacar a la realidad. Recordé que alguna vez estando en mi casa había leído en una revista el testimonio de una mujer que era prostituta. Llegue, comencé a buscarla y la encontré. Era una revista de Adela Fernández, acabada de lo vieja, que alguna vez había traído de la finca. El artículo se llama “LAS DROGAS ¿VIAJE SIN RETORNO?”, y cuenta testimonios de la droga en la guerra, en el arte, en la locura y en el sexo. La ojeé y encontré una entrevista que le hizo esta señora Adela a Ingrid, una prostituta de 45 años, drogadicta, millonaria y maniaco depresiva, que cuando salía de sus depresiones era una loca arrecha. Me puse a leerla súper intrigada, llamé a Mari y le leí algunos pedazos.

— Adela Fernández: ¿TODO EL DINERO QUE HA HECHO LO HA LOGRADO A TRAVEZ DE LA PROSTITUCION?

— Ingrid: Todo. El sexo es una fuerza que todo lo pone en movimiento, desde los sentimientos hasta los objetos. Yo quería ser alguien en la vida; fracasé como actriz. Después quise ser pintora. Lo hacía muy mal, pero en busca de una exposición que me diera la gloria, conseguí relacionarme con pintores de fama internacional. No llegué nunca a exponer, pero sí a exponerme, lucirme, exhibirme como la amante preferida de algunos de ellos. Viví cuatro años en París, y más tarde tuve un hermoso departamento en Piazza España, en Roma. Fue en Italia donde me relacioné con la nobleza. Me casé sólo para adquirir un título de noble. Fortuna fue que haya enviudado. Me apasioné por la vida

sexual, y después de haber hecho un viaje a China, invitada por uno de mis mejores amantes, apasionado historiador de las torturas chinas, me dediqué a dar fiestas sadomasoquistas. Fui muy conocida con el apodo de “La mujer de Sade”.

— EN ESTAS FIESTAS SADICAS, ¿HASTA QUÉ EXTREMOS DE CRUELDAD LLEGARON?

— Hasta el extremo máximo. En estas fiestas la única música que escuchábamos era la de Wagner, a todo volumen. Era parte del tormento. Látigos y agujas hacían el resto.

— ¿Y LA DROGA? ¿TENÍA UNA FUNCIÓN IMPORTANTE EN TODO ESTO?

— Desde luego que sí. Sin el efecto de la droga, ninguno de nosotros habiéramos sido capaces de hacer lo que hicimos.

— ENTONCES ¿LA DROGA ES LA APERTURA PARA LA SEXUALIDAD SIN LÍMITES?

— Dicho con realidad podemos afirmar que cuando la sexualidad natural llega a su fin, a su decaimiento, la droga, imaginativa, inventiva, suple el desahogo natural de los orgasmos sexuales.

— ¿CUÁL ES LA CUMBRE DE LO SEXUAL?

— La completa satisfacción y realización en un orgasmo, en una entrega, en un acto sexual.

— ¿CUÁL ES, ENTONCES, EL PLACER DE UNA ORGÍA, O DE UN ACTO SEXUAL ESTIMULADO POR LA DROGA?

— El creer que se está viviendo todo, ilimitadamente, exuberantemente: El placer de romper con las reglas sociales y morales, el placer de sentirse demoníaco, el placer de la aberración, mas no como desahogo sino como violento rechazo hacia la normalidad de la vida. El placer de odiar activamente (aun a sí mismo), el placer de la enfermedad, el placer de la autodestrucción. Porque todo eso no es más que esto: la autodestrucción, el encaminarse lentamente a un suicidio, el no esperar morir para entrar al infierno de Dios, sin burlarse de este profetizado castigo, sucumbiendo antes en el infierno del hombre, el propio infierno prefabricado y anticipado al de Dios.

— USTED DIJO QUE EN SUS FIESTAS SANDOMASOQUISTAS HABÍAN LLEGADO HASTA EL MÁXIMO EXTREMO DE LA CRUELDAD. ¿A QUÉ SE REFIRIÓ?

— (hasta ahora toda la conversación había sido fluida, sin corte alguno. Esta vez se quedo pensativa. Muy cerca de nosotras, había echada una perra afgana

llamada Greta. Ingrid la llamó. La perra se acercó a ella, la acarició por un momento, y por fin se decidió a responder)

Hubo una fiesta que duró dos semanas. No sé como poco a poco fue terminando y yéndose la gente. Aparecieron en una recámara dos adolescentes muertos, y en el jardín una muchacha agonizante a la cual fue muy difícil salvarle la vida. Directamente, nada tuve que ver con este crimen, pero siendo todo en mi casa, y dadas las circunstancias, en gran parte era yo responsable. Pagué mi culpa a las autoridades.

— ¿A QUÉ SE DEBE SU FOBIA A LA GENTE, SUS TEMPORADAS DE AISLAMIENTO ABSOLUTO?

— A que estoy asqueada.

— Y... ENTONCES ¿POR QUÉ, EN TEMPORADAS, PERMITE AUN EN SU CASA FIESTAS ORGIÁSTICAS?

— Desde luego, estas “orgías” de ahora nada tienen que ver con las anteriores. El hecho que haya una libertad sexual no quiere decir que se practiquen aberraciones. En lo personal, yo ya no tengo vida propia, vivo la vida de mi hijo. Él trae con frecuencia, cuando estoy en disposición, a grupos de amigos, y estos grupos me parecen demasiado ingenuos, ingenuidad que desde luego me hace feliz.

— TENGO ENTENDIDO, SEGÚN ERASMO, QUE NO SON TAN INGENUOS COMO USTED CREE.

— Yo los veo de manera diferente a como él los ve. Para mí son muchachos que juegan a impresionarse a sí mismos.

— ¿AUN PRACTICA LA PROSTITUCIÓN?

— tengo amigos amantes de toda la vida. Ellos son los que proveen mi economía.

Colgamos el teléfono. Saqué los perros a dar una vuelta al parque, no había más que borrachos vomitando por ahí en las canecas y en el andén, el ruido de la calle me agobiaba, la gente gritando eufórica por ahí, la chiva rumbera volvía a aparecer multiplicándose cada vez más... estaba mamada y feliz al mismo tiempo porque esa noche no era uno más de esos borrachos. Recordaba que cuando era chiquita no tenía que pensar en estas cosas, sólo me preocupaba por el perro y mis muñecos de peluche, por que fueran felices en mi cama y ninguno quedara por fuera de las cobijas para que no les fuera a dar frío en la noche.

Íbamos por la 105 con 19, y al pasar por el Body Tech, —ahí es donde vamos a estar cuando tengamos el novio traqueto, y no sólo haciendo ejercicio... de dueñas—. En la 127 me contó que el viernes de la próxima semana era el cierre de una convención de ECOPETROL, y ella tenía boletas porque su mamá es la Directora General de Planeación y Registros de allá. El caso es que tiene una invitación doble porque sus papás nunca van, dicen que eso es una fiesta enorme, con trago gratis, donde van todos los extranjeros, y en donde sólo se habla de negocios; hay una orquesta buena, pero les da pereza ver siempre a la misma gente y vestirse súper elegantes, entonces prefieren quedarse durmiendo. —¡De una, nos la metemos, deli! Además, si queremos ensayar lo que estábamos hablando ayer, éste puede ser el lugar—. En realidad yo no estaba tan segura de querer acostarme con alguien por plata, igual me intrigaba, pero miedito también me daba. —Nos la metemos con toda—, y si pasaba algo, lo que dudaba, lo tomaría como una fantasía. —Lo que sí, es que nos tenemos que poner divinas ese día; si ésa es nuestra intención, que no nos vayamos a levantar cualquier chichipato por ahí—.

Llegó el día de la fiesta. Habíamos tratado de hacer dieta toda la semana para que nos quedara bueno el vestido que nos habíamos puesto para el Prom del colegio. Íbamos como unas muñecas, teníamos un chofer y un carro espectacular. Apenas entramos al Club Los Lagartos, las antorchas de la carretera que rodea el lago comenzaron a levantar sus llamas y a subir casi hasta quemar los árboles. Estábamos muy nerviosas. Nos bajamos del carro, subimos las escaleras, me sudaban las manos, no veía la hora de tomarme el primer whisky para que se me bajaran los nervios. Hacía mucho frío pero yo sentía calor. No se oía mucha música afuera, sólo un órgano y un violín, seguro la orquesta llegaba después del cocktail. Apenas entramos al Gran Salón, medio público se dio la vuelta, nos miraron de arriba a abajo, éramos las dos más jóvenes en el lugar, hombres y mujeres empezaron a secretarse, de algunos grupos salían carcajadas eufóricas, seguimos entrando y ahí mismo nos dieron el whisky que tanto esperaba. No había conversación entre nosotras, íbamos juntas derechas y mirábamos al frente. Mari se veía estresada, yo sentía la cara roja y los tobillos flojos con esos tacones de puntilla que llevaba puestos, pero igual éramos las princesas de la noche, lo sabíamos, nadie lo podía negar.

Mientras nos tomamos el primer trago nos miramos pero no dijimos ni una sola palabra, nos lo tomamos como si fuera agua y justo después de que nos trajeron otro le pregunté que si se sentía nerviosa. —Claro—, me dijo, —pero disfrutemos la fiesta que si pasa algo, pues bien, y si no también—. Después habría tiempo para lo que queríamos. Nos trajeron el siguiente, nos morimos de la risa y lo cogimos, empezamos a mirar a la gente, no había casi mujeres y el salón se llenaba cada vez más, uno que otro bizcochito por ahí, cruzábamos miradas haciéndonos las divas interesantes, me sentía como un mosco en

leche, no tengo ese carácter seductor de mujer, no sé hacer ojitos, ni coquetear, me sentía rarísima, pero bueno, esto era algo nuevo y lo iba a aprovechar. Nos trajeron otro trago y a éste sí le echamos agüita, con calma. Nos fuimos metiendo hacia el centro cuando de pronto vimos a un par de viejos verdes que nos miraban con ganas. —Típicos borrachos, arrechos, arribistas, aburridos—. —Vámonos de por aquí—, dije, y encontramos un grupo de tres hombres divinos, uno de ellos con su pareja. Nos paramos por ahí cerca a ver en qué idioma hablaban pero no entendíamos nada así que decidimos acercarnos disimuladamente. Seguíamos sin entender una palabra; podía ser griego, alemán o hasta sueco. Estaban muy elegantes. Mari me dijo que se pedía al pelilargo, pero igual el otro era el que más me gustaba, no era tan alto como el mono, era trigueño, brazos y piernas fuertes, bien musculoso, con la cara cuadrada y la nariz grande, ojos oscuros, cejas juntas y negras, manos fuertes... sí, me gustaba más el morenito. ¡Que suerte! Ellos se reían mucho y miraban todo el tiempo, nos dio la impresión de que nos coqueteaban. Les volteamos la espalda y en seguida nos trajeron otro whisky, que según dijo el mesero, nos lo mandaban ellos. Volteamos, les dimos las gracias levantando el vaso sonriéndoles, y ellos se acercaron. El pelilargo, hablando en español, nos preguntó cómo nos llamábamos; el que me gustaba a mí no hablaba español así que terminamos hablando todos en inglés. Efectivamente el de Mari era más churro, pero a mí me gustaba más el mío, en todo caso parecía haber reciprocidad en las parejas. No sé si ellos se imaginaban nuestros intereses; en realidad creo que ellos tenían otros, los cuales no iban más allá de pasar la noche en una fiesta bailando salsa con colombianitas.

El mío se llamaba Dimitris y el de Mari, Kostas. Los dos eran griegos y trabajaban en una multinacional que se llama ExxonMobil. Habían venido a Colombia a conocer más de cerca un negocio que estaban haciendo de protocolización de un contrato en el Tayrona, con la Agencia Nacional de Hidrocarburos para explorar 4.4 millones de hectáreas en aguas del caribe colombiano. Muy interesante pero no me interesaba. Yo estaba concentrándome en cómo cuando llegara el momento en el que él quisiera llevarme a su hotel, yo le iba a decir que sí, pero que me tenía que pagar. Qué demencia, porque irse con él no es complicado, pero, ¿pedirle plata? ¡Qué angustia! ¿Cómo iba a hacer?

Sonó la orquesta, por fin, qué delicia. Ya estaba medio rascada y necesitaba sudar para que se me bajara un poco el alcohol, así que empezamos a bailar. El de Mari era un tronco, cada que nos podíamos ver en medio del baile nos reíamos. El mío bailaba mejor, sobre todo salsa, porque había vivido con una francesa que le había enseñado. Bailamos y bailamos al igual que Mari y su mono. La última vez que la pude ver esa noche ya se estaba dando besos. ¡Le rinde a la muchachita! Pero cinco minutos después yo estaba en las mismas, tenía risa interna y me parecía muy tierno mi parejo, sabía que si terminábamos

en la cama, nunca iba a ser capaz de cobrarle ni un sólo peso. Nada que ver, ¿Cómo harán las prostitutas? ¿Será que lo dejan claro desde un principio? ¿Será que se dan besos toda la noche, o será que van al grano? Ya no me iba a preocupar más por hacer de prostituta; en últimas, lo que quería y quiero ser todavía es muchacha de servicio: cocinar, lavar pisos y platos. No me iba a matar la cabeza pensando en cómo le iba a sacar dos pesos a un tipo que acababa de conocer. No sabía si Mari se iba a sentir engañada, o si estaba pensando lo mismo, pero se veía muy feliz con su monaco.

Dimitris me preguntó si nos íbamos. Acepté pero le dije que quería ir a mi casa y no a su Hotel. Se secreteó con Kostas y luego salimos los cuatro juntos. Le pregunté a Mari si al fin nos íbamos o no con ellos, porque al parecer querían salir de una para el Victoria Regia, y ella me dijo que no le iba a cobrar nada, pero que igual nos fuéramos al hotel. Al oír esto me entró una pereza crónica. Quería llegar a mi casa, derretir un quesito mozzarella en el microondas y acostarme a dormir con los perros, no me quería ir a tener que tirar con este bacán. Estaba cansada y les dije que mejor me quedaba en mi casa. Le pregunté a Mari si prefería venir conmigo, ella lo pensó un rato y aceptó, al parecer estábamos en la misma situación: queridos pero pues todo bien. Ellos nos rogaron un buen rato, no fuimos flexibles, nos quedamos en mi casa.

Despertamos y comentamos la noche: queridos pero no la logramos, muchas güevas, toda esa parafernalia para terminar en nada al otro día, pero bueno fue rico haber ido, la pasamos bien. Ahora, a Mari le habían dado más ganas de vender su cuerpo, quería saber qué era eso, quería ensayar, era su deseo más grande y yo era la única a la que se lo había confiado. A mí no me molestaba la idea de hacerlo, era, como dije antes, una fantasía.

Hablé en estos días con Felipe, le conté que estaba escribiendo este cuento sobre la prostitución y le pregunté dónde se paran las prostitutas caras, porque, si ya nos vamos a parar en la calle, ¡que nos paguen bien! Dijo que en el Pizza Show de la 116 con paralela, — así que podemos ir un día de estos— le dije a Mari, —ahí sí, el que va, sabe que somos prostitutas y que nos tiene que pagar—. Arreglamos para ir el jueves siguiente por la noche.

El jueves después de la universidad la llamé y le dije que si la propuesta seguía en pie. Quedamos de encontrarnos en el Pomeriggio en donde nos cambiaríamos de ropa después de tomarnos un café. De ahí fuimos a mi casa y nos pegamos ¡la arreglada! Me trajo botas altas porque yo no tenía, nos pusimos un par de hilos dentales de encaje, ella una minifalda y un strapless, y yo un vestido súper pegado en el que casi no me cabían las tetas, las dos de liguero y botas hasta la rodilla, los labios rojos, las pestañas y las cejas bien negras, y encima de la mini ropa nos pusimos abrigos, así no íbamos a ser tan boletas. Nos fuimos en taxi porque no sabíamos cómo ni donde íbamos a amanecer. Llegamos a la 116 con autopista. Ahí sí estaba más nerviosa que el otro día, pero sentía mi actitud un

poco más segura y ya tenía ganas que llegara el primer cliente. Cuando nos bajamos del taxi eran las diez de la noche más o menos. No sabíamos que hacer así que nos paramos en la esquina. No había ninguna prostituta por ahí, entonces nos dio angustia de pensar en la perdedera de tiempo —¡Qué tal que Felipe me haya dicho mentiras!—. —ps ps ps— nos volteamos. Había un tipo ahí como vestido de pingüino que nos preguntó —¿Señoritas, ustedes vienen a prestar servicio?—, —¿Qué servicio?— le dije, —servicio...— contestó, y Mari dijo —sí sí señor...—, —vengan conmigo que es en la casa de enseguida, sobre la calle 116—.

No era en la pura esquina, era justo la casa de enseguida de Pizza Show, una casa de piedra, divina, tres pisos, súper elegante, una verja alta espectacular. El señor nos dijo que ahí era más seguro y que al dueño le iba encantar que estuviéramos esta noche trabajando con él. Se notaba que era algo serio porque el señor estaba muy bien uniformado y la casa era un lujo. Entramos y nos atendieron como reinas. Preguntaron si éramos nuevas en este cuento, seguro se nos notaba. Me estaba gustando la situación y nos había pasado lo mejor que nos podía pasar. El dueño llegó. Era un señor de corbata, bajito, barrigón, súper querido que podía haber sido mi papá. Nos dijo que no nos preocupáramos y nos explicó cómo eran las cosas en ese lugar. Como éramos nuevas, teníamos que llenar un formulario, así que lo llenamos, y después nos tomaron una foto digital a cada una. Nos llevó a una oficina y nos explicó que había diferentes planes en los que nos podíamos incluir si queríamos ingresar, pero que igual no le teníamos que decir todavía. El plan que más nos gustó es uno que se llama prepago. Le dan a uno un celular, pagan quinientos mil por polvo. Uno puede también ser sólo una acompañante del cliente, y en ese caso el pago sí es por horas. Esta noche, por ser nuevas, nos iban a pagar trescientos mil por polvo, sin contar la propina. Nos recomendó quedarnos por ahí y ver como funcionaban las demás niñas, y en unas dos horas, nos iba a tocar el turno a nosotras.

Ahí mismo había cuartos, jacuzzis, columnas, espejos por todos lados y uno que otro mueble. Los clientes que se veían por ahí eran de todo tipo, pero se reconocían los típicos niñitos del Nueva Granada, los yupis jóvenes y viejos, y uno que otro man lleno de cadenas y gordo. Había una barra central donde todas las niñas estaban sentadas hablando. Nosotras nos sentamos en un sofá cercano. Estos hombres estaban por ahí tomando trago con una niña o viendo a cuál de ellas iban a escoger esta noche. Se veía gente con experiencia, las niñas muy tranquilas se reían sobre la barra. —Hay una niña del colegio— me dijo Mari, —¿Cuál?—, —Esa, la de azul—. Yo no lo podía creer. —Claro! ella era de mi bus.— le dije, —¡Qué sorpresa! ¿Será que se acuerda de nosotras?—, —Yo sí creo—, me dijo Mari y seguimos hablando y mirando. Todo era menos tenaz de lo que habíamos imaginado, había una música orquestada y las luces del lugar eran muy chéveres. Cuando

un hombre iba y sacaba a una de las mujeres, los dos se iban a hablar por un rato en algunos de los sofás que había por ahí, tomaban uno que otro trago y se comían una picadita, parecían haciéndose amigos, después subían la escalera de mármol en caracol y entraban a un cuarto. Allá en el segundo piso por ahí en medio de un gran espacio, distanciados el uno del otro con esculturas de mármol y bronce, había jacuzzis. Estando en uno no se alcanza a ver los otros, era muy lujoso todo. Al segundo piso sólo se podía subir si uno tenía ya un cuarto asignado. A mano derecha había un arco dorado y otras escaleras de mármol y subiendo estaban los cuartos. Todo eso nos lo había mostrado el señor cuando nos hizo la introducción, ya habíamos estado ahí por dos horas, hablando tranquilamente, comentado sobre el lugar y los clientes.

De pronto vinieron dos hombres de más o menos unos 60 años, —¿Quieren bailar?— No nos habíamos dado cuenta que detrás de donde estábamos había una pista de baile, con piso de espejo. —No podemos todavía— les dije. Ellos se voltearon y fueron a la barra, sacaron a la niña del colegio y a otra toda bonita. En ese momento llegó el dueño, nos preguntó que si ya nos queríamos sentar en la barra. Yo estaba segura de que más de uno de los hombres que estaban ahí ya le tenían puesto el ojo a Mari. Fuimos a la barra, ya estábamos medio arrechas de la intriga, cuando de pronto se acercaron dos yupis muy parecidos, uno de mas o menos 30 años y el otro señor de unos 55. El joven sacó a Mari y el papá a la niña que estaba a mi lado. Yo me quedé ahí medio nerviosa. Cuando Mari se levanto nos apretamos la mano y ella se fue a la mesa donde estaban ellos. Había un típico niño de colegio divino que estaba con 4 amigos más, al que yo le había puesto el ojo desde que estábamos en el sofá, pero era él quien me tenía que buscar. Estaba dándome la espalda, pero se volteó justo en el momento que yo lo estaba mirando. Volteó otra vez nervioso, típico principiante, como si no me hubiera mirado, tenía todavía pinta de adolescente, con la cabeza y las manos un poco más grandes que el cuerpo. El líder de la mesa se paró, vino y me dijo, ven y te sientas con nosotros, cuando llegué, me senté y todos los amigos dejaron solo al niño conmigo. Empezamos a hablar, él era muy tímido, pero ya se había tomado los tragos porque habían salido del fashion show del colegio para el lugar. Efectivamente era su primera vez. No le dije que la mía como puta también. Lo saqué a bailar y le dijimos al dj que pusiera merengue. Empezamos pegados, me abracé a su cuello y cuando me di cuenta Mari iba cogida de la mano subiendo las escaleras de mármol. Seguimos bailando con dos parejas más a nuestro alrededor, ya le podía sentir la parola al muchachito, yo también estaba muy arrecha, nos empezamos a dar besos y más besos, me sentía como en una fiesta de bazar, con ese nerviecito en el estómago, me sudaban las manos. Me preguntó que si podíamos subir al segundo piso, le dije que sí, pero sólo si ya teníamos un cuarto asignado, y le expliqué lo que había en el segundo piso. Llamó a un

mesero y le dijo que quería un cuarto, el mejor de todos. No sé de donde sacaría este enano esa cantidad de plata, pero en la rasca en la que andaba, seguro pagaría con la tarjeta de crédito del papá y no le importaría. Fuimos al segundo piso y me empezó a besar el cuello contra una columna, espichaba durísimo su pelvis contra la mía, me subió el vestido y nos metimos al jacuzzi, yo todavía con el ligüero y el hilo dental puestos. Le quité toda la ropa y le cogí el pipí. No es permitido tirar en los jacuzzis, es sólo una antesala y afuera hay unas batas de toalla. Este niño estaba volviéndose loco me dijo que ya no aguantaba más, que fuéramos al cuarto. Yo casi ni me había alcanzado a meter, el agua me daba al ombligo; él en cambio sí, porque al quitarme las medias con la boca ya estaba todo mojado. Cuando llegamos al cuarto casi me voy de culo al ver todo lo que había; además de la cama, había muebles especiales para el sexo y espejos en el techo y en las paredes, seguro era uno de los más caros. Llegamos, me subí al mueble y le pasé un paquetico de condones, él se acostó en la cama y me pidió que se lo pusiera, se lo puse y jugamos un rato en la cama. Todo era muy experimental, ninguno de los dos sabía bien si lo que estaba haciendo estaba bien o mal, pero yo trataba de verme segura. Me dijo que me quería amarrar a la cama, seguramente sus amigos le habían dicho que hiciera eso, llamó por teléfono y pidió un lazo. Trajeron una cinta fucsia larga satinada por un lado y aterciopelada por el otro. Me dijo que me pusiera en la cama, me amarró boca arriba con los brazos y las piernas abiertas, se arrodilló y se hizo la paja con mis tetas. Lo tenía mediano, de buen tamaño. Se deslizó y me lo metió en la boca, ese sabor a condón es lo peor, pero tocaba, se movía bien, después fue bajando y me lo metió, yo trataba de moverme, no podía mucho porque la cinta me pasaba por los brazos, la cintura y las piernas. Empezamos a tirar y me hacía muy duro, se estaba volviendo loco y yo gritaba de placer. Me desamarró y me puse encima, lo halé y me monté en uno de los muebles, quedando él parado y yo semi acostada. Ya se iba a venir así que lo saqué, estaba desesperado, se volvió a meter, sudaba y me dijo que nos volviéramos a pasar a la cama en donde nos acostamos y se vino.

Nos quedamos ahí un rato, prendimos el televisor y vimos porno, me decía que estaba pasando delicioso, me paré y cuando me metí a bañar, pensé en Mari: ¿Cómo le estaría yendo a ella? Ojala tan bien como a mí. Cuando me estaba champuseando, él entró y se bañó conmigo, y al salir quería volver a tirar. Esta vez quiso que me pusiera en un mueble de piso donde tenía que ponerme en cuatro. Le puse el condón con la boca y se la mamé un buen rato, después fue atrás y quería metérmela por el culo. Le dije que pidiera lubricante porque me dolía mucho, así que llamó, y enseguida llegó el encargado me lo hecho y me clavó. Estaba muy arrecho y me dijo que era la primera vez que hacía eso. No era mi primera vez, pero sí la única que lo disfrutaba porque el lubricante realmente estaba bueno. Me dio un buen rato por el culo, después pasamos a la cama, me senté encima de él

y me empecé a mover. Estaba muy arrecha, ya me iba a venir, gemía duro, y de pronto me dijo —vente, vente, quiero que te vengas—, y grité, me quedé quieta con las piernas estiradas. Él se puso encima y siguió moviéndose, me volví a mover, mi corazón estaba acelerado, me gustaba estar ahí, me daba nostalgia que ya se fuera a terminar, quería quedarme con el niño y enamorarme de él. Sabía que me había ido bien; uno es muy vulnerable estando ahí, solo, desnudo, algo malo le puede pasar en cualquier momento. Aunque este niño había sido lo mejor que me había podido pasar, quería salir con él, que me quisiera y hacer el amor todos los días. Se me escurrieron las lágrimas, él dio el último salto y quedó tirado al mi lado dándome la espalda. Entró al baño, se bañó y me preguntó por la ropa, —Está en el closet— le dije, la cogió, se la puso y no me dijo nada más. Se fue y me quedé ahí en la cama, llorando, tragada de este muchachito que me había usado. Recordaba su olor y el sabor de su sudor, tenía ganas de volverlo a ver, me vestí rápido pero cuándo salí ya no estaba por ahí. Fui a la recepción pero ya se había ido mi cliente. El de la recepción me preguntó como me había ido, le dije que muy bien, —¿Sí le gustó? ¿Va a comenzar a trabajar con nosotros?—, —No sé señor, tengo que hablar con María—. Pero dentro de mí sentía que no quería, me sentía mal, usada, reciclada, y estaba un poco adolorida. Le pregunté al señor si Mari ya había salido y me dijo que sí.

Ya eran las 4 de la mañana y habíamos quedado en esperarnos. La busqué por los sofás y la vi al fondo acostada llorando. Me asustó verla así, nos fuimos a su casa inmediatamente. En el taxi me contó lo mal que le había ido. —Estos dos señores eran unos enfermos, el viejo no hacía nada, sólo miraba en bola, con el pipí descansando sobre las piernas. Inmundo. Subimos las escaleras y nos hicieron meter a las dos solas en el jacuzzi. Laura, la otra niña, era súper experta. Les dijo que si nos iban a poner a hacer cosas extremas nos tenían que pagar cien mil más por cabeza—. —¡Hágale que les pagamos los doscientos de más!— dijo el tipo. —Ella se dejaba gritar y tratar mal—. —Nos metimos, nos obligaron a tocarnos y besarnos, mientras ellos metían sus dedos por nuestro ano, era muy molesto. Se quitaron los zapatos y metieron las puercas piernas al agua, me hicieron acostar haciendo que uno de los chorros entrara por mi vagina. Obviamente estaba muy asustada pero después de un rato traté de relajarme, y ahí sí me vine de una... eso fue lo único chévere. Vieron mi cara de placer, me cogieron con la corbata y me sacaron del agua para irnos al cuarto. Era enorme, muy hijueputa, tenía barras en el techo, unos aparatos por las paredes, y un par de masturbadores automáticos. Estando en el cuarto, el viejo se sentó en una poltrona, y nos hizo hacer el 69 a la niña y a mí. Me tocaba chuparla, eso lo supe porque ella me lo hacía... era querida, me enseñaba. No hablábamos ni una palabra, igual ellos se reían, gritaban, y olían y olían perico. Obviamente al vejete ése menos se le iba a parar. Nos dijeron que nos pusiéramos en cuatro en la cama, a lo ancho, frente a

frente, y nos pusieron los masturbadores para bombearnos por el culo... el dolor más hijueputa que he sentido en la vida, ¡casi me muero! Lo que pasa es que el masturbador tiene púas—. Pobre Mari. —Después a Laura la amarraron contra las barras de la pared mientras que el joven me tiró a la cama, se arrodilló en el piso y me empezó a hacer sexo oral. Me mordía el clítoris, me hacía durísimo con la lengua, me la metía, después se puso un condón y me penetró, y yo estaba muy asustada. Ese tipo era un guache y el otro, le decía—. —Así es hijo. Dale duro para abajo, duro para abajo, dale, dale, duro para arriba, duro para arriba, más duro a la puta, que para eso la tienes y le estás pagando. Como siempre, quiero que sientas lo que es el placer, desgárrala, dale—. —El viejo se paró y abrió el closet, sacó de ahí una maleta plateada, y cogió un látigo y le comenzó a pegar a Laura. Ella sólo gritaba de placer, y mientras tanto este idiota me daba palmadas. Ya habíamos cambiado de posición y el man no se iba a venir nunca con todo ese trago y ese perico que se había echado. Saltó, se salió y me volteó, me empezó a clavar por el culo, me montó en el mueble de piso, me puso en cuatro y me dio por el culo hasta que no podía más del cansancio. Tenía la verga delgadita pero tan larga que me tocaba la columna cada vez que me clavaba; lo peor. Después se salió y sacó una cinta, me amarró a las barras, y me siguió comiendo. Me sentía miserable, tenía miedo que algo me pudiera pasar, me dio una cachetada porque me vio llorando así que, imitando a Laura, para que él pensara que lloraba de puro placer—, le dije —penétrame más que me fascina—, —y así me fue mejor; no me siguió pegando. Soltaron a Laura y mientras él me comía Laura le chupaba el culo. De pronto, el man empezó a sudar y a sudar y ya se iba a venir, lo hacía cada vez más rápido y yo empecé a gritar. El man hizo un ruido como de mico y cayó tirado al lado de la cama mientras que el papá aplaudía y gritaba de ver a su hijo retorcerse en el piso después de mil horas de follar... ¡Por fin se había venido ese hijueputa! Nos hicieron salir del cuarto e irnos a vestir a otro lugar. Ellos se quedaron ahí, quien sabe haciendo qué. Me fui, me bañé y me acosté en ese sofá, para esperarte y esconderme de ese par de hijueputas. Cómo sería de tenaz la cosa, que Laura salió llorando también, y eso que ella sí tiene experiencia. Lo único bueno fue que los perros esos nos dejaron los cien mil de más a cada una—.

Cuando llegamos a su casa nos volvimos a bañar, tomamos un agüita aromática que hice mientras ella salía del baño, nos acostamos en su cama, mirando el amanecer, arrunchadas en cucharita, temblando, adoloridas y muertas del cansancio. Me volví a desvelar una vez más, esperé ahí un rato abrazándola, hasta que me di cuenta de que estuviera bien dormida. Me levanté despacio, ya eran como las seis de la mañana, salí a la terraza, me senté en el piso con una ruana y recordando paso a paso, terminé de escribir.

liliana vélez jaramillo